

Editoriales

Por la Moral y las Buenas Costumbres

LA Conferencia Rotaria que acaba de celebrarse en Camagüey, con representaciones del Rotary Internacional y de cuarenta y ocho ciudades de la Isla, adoptó, entre otros, el acuerdo de "recabar de todas las organizaciones radiales y de televisión, de las empresas publicitarias, de los propios anunciantes y así también de los productores de programas", que cooperen en el empeño de suprimir o modificar los programas indecorosos y protescos, nocivos a la moral y a las buenas costumbres, y que propugnen el mantenimiento de "los que exaltan el arte y la cultura".

Es digno de todo aplauso este acuerdo de los rotarios, que revela una sana preocupación por el futuro de Cuba y refleja el estado de alarma que existe en todos los hogares por la facilidad con que penetran en ellos espectáculos nada edificantes. Creemos, ciertamente, que tanto los anunciantes como las empresas publicitarias, las organizaciones radiales y los productores de programas, pueden hacer mucho por el adcentamiento de la sociedad, que de un tiempo a esta parte viene sufriendo el embate de influencias perniciosas, ajenas, en general, al verdadero carácter del cubano.

El acuerdo de los rotarios, sin embargo, resulta incompleto, en cuanto al fin de saneamiento que persigue, al no incluir una enérgica condenación del juego, fomentado deliberadamente por ciertas empresas industriales de un tiempo a esta parte. No se puede invocar la moral y las buenas costumbres sin condenar los sistemas de rifas y planes de regalos que se utilizan para forzar la venta de los productos. Esa forma de propagar el juego es tan dañina para el país como los propios programas radiales y de televisión a que se refiere el acuerdo de los rotarios, programas que nosotros también condenamos sin reserva alguna.

Porque el juego es el punto de partida de

todo lo demás. Llevados de la falsa ilusión que esas rifas y planes de regalos encierran, los padres de familia, empleados, obreros, amas de casa de las clases más laboriosas, se aficionan al juego hasta invertir en éste no sólo sus ahorros, sino sus propios sueldos y jornales, privando a sus hogares y a sus hijos de los recursos necesarios para su sostenimiento y alimentación. Entre los niños, el juego no puede ser más desmoralizador, porque los induce a creer que el azar, la suerte o la revelación de una cábala resuelva los problemas de la vida, y no el trabajo, con lo que se fomenta la vagancia.

Los mismos argumentos que se exponen en la moción aprobada por la Conferencia Rotaria contra los programas radiales y de televisión indecorosos, son válidos para el juego y en particular si se aplican a las rifas y planes de regalos, cuya contaminación entre los menores está más que probada. Mal pueden inculcar la moral y las buenas costumbres a sus hijos los padres que los privan de ropas y alimentos porque invierten el producto de su trabajo en el juego.

Lo terrible es que las empresas industriales que sostienen esos planes de regalos practican un tipo de publicidad constante invitando a las clases pobres a participar en ellos, con lo cual la tentación de jugar es constante. Mucho podrían hacer, ciertamente, las empresas publicitarias, las organizaciones radiales y de televisión y los mismos anunciantes, si se dispusieran a erradicar los planes de regalos de las prácticas comerciales e industriales. En este sentido, es de lamentar que el acuerdo de los rotarios haya omitido el juego de la moción aprobada para defender la moral y las buenas costumbres en la población cubana. Porque el juego—se ha dicho desde tiempo inmemorial—es uno de los peores vicios, y quienes lo fomentan contribuyen a aumentar el censo de delincuentes.